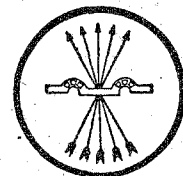




ORGANIZACION JUVENIL



Dios, consigna suprema

Somos una juventud que nació en una España carcomida y dormida en odioso letargo y abrió sus ojos a la vida, al tronar del cañón y el vociferar de la horda. Hemos visto delante de nosotros cómo morían nuestros hermanos mayores en el fragor del combate, y cómo caían nuestros padres asesinados por las balas de la anti-España. De sus labios moribundos recibimos la consigna, y aquí estamos firmes, arma en brazo, dispuestos a exigir su cumplimiento. Somos jóvenes pero hemos ya aprendido a clasificar las cosas en su justo valor. La muerte, que hemos tenido frente a nosotros, nos ha enseñado a ello. Por eso nuestros ideales son sanos y elevados. Apreciamos lo material en todo su valor, y encauzamos este valor para hacer más fácil el camino límpido del espíritu. Esó es lo que nos interesa; lo que no desaparece rápido como el cruzar de una bala para perdurar en los ámbitos de la eternidad. Por eso nuestro pensamiento está en Dios; por eso luchamos por Dios y para llegar a El; por eso nuestro lema nos habla de Dios como fin, al cual han de dirigirse todos nuestras fuerzas y todos nuestros anhelos. Y hemos de superarlos cada instante y hemos de luchar cada día en la senda recta del resurgir de España, que iremos escalando con nuestro ímpetu juvenil, salvando y arrollando todos los obstáculos que se opongan a nuestras Falanges, para que podamos hacernos merecedores de la eterna recompensa. Que nos oigan y que tomen nota quienes nos tratan de laicos, y que tengan bien entendido que nosotros entendemos la Religión como medio único para llegar a la salvación eterna y al goce de la contemplación del Señor, pero jamás como medio de atentar contra la Unidad Sagrada de España, que aprieta sus filas apra en su Grandeza estar más cerca de Dios. Y sepan que no toleramos que bajo el manto sagrado de la Religión, algunos pseudocatólicos defiendan sus personales intereses o se opongan al avance de nuestra Revolución, cuya primera tarea ha sido la de devolver a los españoles por las sendas amorosas de Cristo Nuestro Señor.

JOVEN: Ingresas en la Santa Hermandad de la Falange alistándote en las filas de la O. J.

Aquellas tardes apacibles...

Muchas veces, abismado en mis pensamientos, recuerdo aquellas tarde apacibles de los veranos de mi niñez. Era la época de las vacaciones escolares. Solamente hacía dos horas que se había alejado de las calles el continuo fragor de uno de aquellos mercados de Fiesta Mayor de algún pueblo cernano. En la esquina, nos reuníamos como siempre, a la misma hora, cuatro vecinos aburridos que sin discutir, sin hablar siquiera, seguíamos rutinariamente las calles de Ibarrio. Nuestro paso era lento, nuestra cabeza vencida por el sol abrasador avanzaba inclinada hacia el suelo en busca de algo que nunca tuvo y sin embargo había perdido; nuestras manos caían inertes en lo más hondo de los bolsillos, sin fuerza para gozar del fastidioso paisaje que nos ofrecían las puertas de las casas guardadas por cortinajes de hierro y las camisolas colgadas en alguna barandilla de balcón. De vez en cuando nos saludaba alguna niña morena con traje dominguero y que forzaba en sus labios una sonrisa violenta que discrepaba completamente de la mirada soñolienta que recibíamos de sus pequeños ojos; otra, para evotar el triste contraste, llevaba apoyadas en su graciosa nariz unas gafas negras, quizá discretas pero impertinentes. Como siempre nos agachábamos, y con nuestras manos infantiles cogíamos del suelo una pluma finísima de ave que lanzábamos al aire y hacíamos flotar con nuestro incansable soplar. No conocíamos todavía la existencia de la fuerza de gravedad, pero no como a Newton nos preocupó que la pluma volviera a caer; sostenidos encima las puntas de los pies levantábamos altas nuestras cabezas y soplabamos fuerte a la plumita que en vano intentaba llegar al suelo. Sólo se nos ocurrió pensar que si las cosas no cayeran no tendría interés alguno mantenerles flotando en el aire.

Desde entonces han transcurrido algunos años y aquel pensamiento infantil lo he visto comprobado a través del tiempo. He conocido la existencia de la fuerza de gravedad y he sabido que arrastradas por ella caen las cosas por su propio peso. Algunas veces se me ocurre pensar si la vida de los pueblos es algo material. Por lo menos cumple la ley de la grave-

dad. El camino que siguen los Estados es parecido al nuestro: nacen, crecen y mueren. Algunos para siempre; otros para postrarse algunos años en estado de vida latente. Un pueblo grande cae, cuando ha dado todo lo que podía dar de sí, cuando queda extenuado después de lgran esfuerzo o cuando sus hijos se sientan cómodamente en los sillones de su grandeza. Repasando la Historia vemos siempre que lo viejo, perdida ya su vitalidad, sucumbe ante lo nuevo que le ataca rebosante de energía y con toda la virilidad que tuvo el viejo el día en que arremetió contra su antecesor. Y aquí en la Historia actual de España nos encontramos — lejos ya aquellas apacibles tardes de verano en que España vivía ensimismada en el orden muerto, batida, como la calles por el sol de verano, y viviendo en su suelo cuatro vecinos aburridos, que cual los pequeños por el barrio, se paseaban por las calles de la personalidad histórica con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza inclinada por la abulia — en una de aquellas luchas en que la virilidad del orden nuevo se impone a la agonía del del viejo. Sabemos que vivimos días de principio — trabajo y penalidades — y sin embargo, por nada del mundo renunciamos a nuestro papel para vivir otra vez aquellas tardes apacibles de verano, que eran felices en la inconciencia de la niñez, pero que debían ser vergonzosas en el pensar de nuestros padres y hermanos mayores. Hoy en nuestro diario batallar, a veces las recordamos sonriendo pero en esta sonrisa, ironía o compasión, va la plena convicción de que la juventud que ha de vivir en una Patria que ha de levantarse a costa del duro pelear de sus hijos, no puede formarse aburriéndose bajo el sol ardiente de verano y haciendo flotar plumas de ave por el aire. Esos niños cambian hoy el pegajoso paseo con la cabeza inclinada, por el firmes viril que les levanta sus ojos al cielo y les promete una vida difícil y dura, pero grande y hermosa, que es preferible siempre a la pequeña y vergonzosa para que le preparaban aquellas tardes apacibles de verano.

La O. J. representa la continuidad y superación de nuestro Movimiento.

Antes de hacerse un traje recuerde la

SASTRERIA SITJES

Plaza José Antonio, 27

GRANOLLERS